



Las horas con Parra

LEILA GUERRIERO

El 22 de octubre de este año, en su casa de Las Cruces, a 200 kilómetros de Santiago de Chile, Nicolás Parra esperaba en la sala de su casa, distritalmente sentado frente a un ventanal por el que se veía el océano Pacífico. Sobre las rodillas tenía un cuaderno de tapas negras, en el que estaba escribiendo, y acerca del que era mejor no hacer preguntas porque —se sabe— nada pone más trisco a este hombre cerril que una pregunta directa. Agradeció los regalos —una botella de vino, una caja de dátiles cuya etiqueta controló para confirmar que fueran, en efecto, orgánicos— y empezó a hablar de un artículo que su amigo, el poeta Adán Méndez, había publicado ese día sobre el segundo tomo de sus *Obras Completas*, editadas por Gabriela Guzmán, en el diario chileno *La Tercera*. "Hay que escribir sobre las obras completas del prójimo, ¿eh?", dijo, con equilibrio fútil entre la burla y la autocelebración.

El encuentro duró unas seis horas y el resultado podrá leerse mañana en *Índole* pero, como yo había muchas cosas que decirle a Nicolás Parra —había estado leyendo su obra y hablando con sus amigos desde el mes de junio— intenté con él que como topase con un tigre albino en la selva algo cuya existencia, a fuerza de ser única, pareciera imposible. Yo no creía que Nicolás Parra de verdad existiera hasta que el sábado 22 de octubre, a las doce de la mañana, lo vi en la sala de su

casa de María Elena Walsh. Le dije que sí, "pero sólo si puedo escribirlo" y él, con la misma saña y amonito de infinita bondad, desconfió: "A ver".

Después recitó, de principio a fin, sin confundir una coma, su poema *Amor no corresponde* —"Bajando de Machu Picchu" Perlas chullay. Me enamoré de una chola Chigüas chullay. Más linda que una vicuña. Perlas chullay. Pero ella no me hizo caso. Palomita. Era demasiado vieja. Perlas chullay. Me dijo y luego riendo Chigüas chullay"—y le hice un co-

mentario idiota. "Que memoria", le lancé impulsivo y respondió con una historia que siempre se le arregla para introducir en la conversación: "Cuando yo iba al colegio, dos compañeros, sin darse cuenta de que yo estaba escuchando, tuvieron la siguiente conversación. Uno le dijo al otro: 'Inteligente Parra, ¿eh?'. Y el otro le dijo: 'Meuñón, querés decir, huevón'. Era una ofensa que le dije: 'ni memoria a uno'. Sea como fuere, 40 años como profesor le dejaron por única una forma pedagógica de la reconversión y,

aunque puede ser feroz (alguna vez, a un periodista que no le cayó bien, le dio un libro con la frase "Hagase lo que haga, te arrepentirás"), nada de lo que decía sonaba hostil.

Sus capacidades amorosas tienen una leyenda luminosa, pero aquí la tarde solo hizo mención a uno de los muchos episodios inverosímiles que suele padecer y que disparan su paranoia legendaria. Pocos días antes había tocado a su puerta una muchacha joven, hostil, para regalarle un libro de poemas llamado *Vulpes*. La hizo pa-

ser y se sentaron al aire libre, al norte de la muchacha trunfo poco después, inesperadamente, según Parra con aires de sorprendido en una mancha extraña, temer algunos foto y disolgarla. Los cobró a arbores, furioso, y, cuando se fueron, empezó a leer los poemas. Descubrió que eran un poemario de poemas buenos y comunes pensó: "Que vuelva, que vuelva".

Durante el almuerzo habló sobre Juan Rulfo —dijo que lo había visto dos veces y que ambos habían sido una vez amantes— sobre el escritor argentino Enrique Foyl, a quien lamentaba no haber conocido jamás: sobre las matemáticas: "Yo sé que fui competitivo. Y no podía soportar que algo se me resistiera. En el liceo tenía notas máximas en los ramos humanísticos y no tan buenas en matemáticas y física, así que le decía: 'Voy a estudiar matemáticas y física y voy a demostrarles a todos estos degenerados que no saben matemáticas. Y lo logré'". (Este mismo natural compo-
sitivo lo llevó, durante un festival llamado Chile Poeta a li-
brar —y ganar— una des-
pedida guerra de puros de
victoria con el poeta Gonzalo Ro-
jas por ver quién llegaba
último al centro para
recuperar todos los aplau-
sos).

A los seis y media de la tarde, en la puerta de su casa me hizo un besamano elegante y dijo algo que no le creí: "No deje de venir siempre que quiera". Después, con un bastón de madera que formaba parte de la escenografía, no se apoyó en el pora carrizosa—, me dio la espalda y se fue. Todavía no había pasado el premio Cervantes pero había casi 60 años, de los 97 que lleva vivos, que era, mes a mes, semana a semana, minuto a minuto, Nicolás Parra.

"Siempre fui competitivo. No podía soportar que algo se resistiera"

A lo largo de horas recitó en español, mapudungún, inglés, francés y griego

casa, blanco y solitario, con un sofá antiguo y una gerra de lana marrón que nunca se puso —alcorada con manos increíblemente jóvenes.

A lo largo de horas recitó, con memoria inhumana, en griego, en inglés, en francés, en español, en mapudungún (el idioma mapuche), llevando el ritmo con sus zapatos de cascabel de patos sobre el piso de madera. Cada vez que algo le provocaba admiración o incredulidad —un poema, un chiste de escritores— se tomaba la cabeza con los dedos y emitía una suerte de gemido infantil, entre la risa y el escorreo. Con toda su fealdad confundió a la autora argentina de canciones infantiles María Elena Walsh con la poeta argentina Alejandra Pizarnik y me preguntó si yo recordaba "el poema La rana estacionaria" (que es, en verdad, una canción para ni-



Epitafio

De estatura mediana,
Con una voz ni delgada ni gruesa,
Más que de un profesor o imitador,
Y de una poesía de tribulada,
Efecto de nacimiento
Amplio, diverso, de buena mesa,
De melías escogidas,
Y de más que abundantes orjes,
Con un centro marcado
En que los ojos se abren aperturados
Y no tiene de lucidor mullido
Baja a la boca del río a aguas
—no es un barbaño—
Por una vez en la vida y en la vida—
Ni muy ni muy tanto de remate
Fui lo que fui una vez
De viaje y a veces de comer
Fui tributado de angel y bestia

De Poesía y Prosa, 1999.

La montaña rusa

De este mundo siglo le poeta fue
Cerrado de suro y de norte,
Falta de vida y
Y melancolía con la montaña rusa,
Sin, si las barbas,
Que que ya no responde a bajar
echando sangre por boca y nariz

Proemio del libro *Los ríos de la vida*,
(1992)

Las horas con Parra [artículo] Leila Guerriero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Sciamarella, PedroGuerriero, Leila, 1967-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2011

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las horas con Parra [artículo] Leila Guerriero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile